



JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es

crear

SEMILLAS

He escrito mucho sobre el aburrimiento, tal vez porque es un sentimiento que nunca he sentido. Mi problema es el contrario: siempre encuentro a mi alrededor demasiadas cosas interesantes. Vivo perpetuamente sorprendido e intrigado por lo que veo. Les pondré un ejemplo muy adecuado para una sección titulada Crear. La naturaleza es una creadora desenfrenada de formas y soluciones. Es lujosa hasta el despilfarro. Los seres vivos no se limitan a resolver los problemas que tienen

–alimentación, reproducción, supervivencia–, sino que lo hacen con una inventiva pasmosa y divertida. Los animales necesitaban recibir información de su entorno, y la que viene codificada en la luz es más rica que la que se adquiere mediante el tacto. Por eso inventaron el ojo, desarrollando así un maravilloso tacto para la luz. Voy a decir algo que parece una greguería pero que es científicamente probable. El ojo es la piel especializada en recibir la caricia de la luz. Por si este alarde fuera pequeño, nos dicen los biólogos que el ojo se inventó varias veces a lo largo de la evolución. Nueve veces al menos. Si el problema estaba resuelto, ¿por qué la naturaleza no se contentó con repetir la solución? ¿Por qué inventar otra nueva? Esto me recuerda una anécdota de uno de los grandes matemáticos del siglo pasado, Norbert Wiener, el inventor de la cibernética, que desesperaba a sus alumnos porque cuando le pedían

que repitiese la solución de un problema, para poder entenderla, lo resolvía con un procedimiento diferente. Era incapaz de repetir una solución. Por si algún lector especializado en estos asuntos tuerce el gesto, añadiré que se ha descubierto un gen –el PXA 6– que al parecer dispara la formación de los ojos en todas las especies, pero que esa orden se cumpla de maneras tan diferentes continúa siendo para mí un misterio.

Pues bien, en el repertorio de soluciones múltiples a un problema, hay un caso que como horticultor me admira particularmente. Las plantas tienen un problema: diseminar sus semillas. Para conseguir una mayor propagación necesitan que

UNAS TIENEN GARFIOS; OTRAS, FORMA DE HÉLICE PARA VOLAR; OTRAS VIAJAN CON LAS CORRIENTES

las semillas germinen lejos de la planta madre, de lo contrario se disputarían un territorio muy pequeño, donde la mayor parte de ellas perecerían. Incluida la planta madre. Hay un claro conflicto de intereses. Lo llamativo es la variedad de soluciones que encontramos en la naturaleza. Unas semillas tienen garfios para agarrarse al pelo de los

animales y viajar con ellos; otras tienen forma de hélice para volar, otras desarrollan sistemas para ser arrastradas por el viento: sombrillas, paracaídas, vilanos. Muchas están protegidas contra los ácidos gástricos, para que cuando un pájaro se las coma las esparza con sus heces. Otras semillas aprovechan las corrientes de agua. El coco hace largos viajes por mar. Tal vez la solución más ingeniosa sea la que utiliza una planta llamada pepinillo del diablo, que se convierte en pacífico artillero. Cuando alguien lo pisa, dispara un chorro de líquido que propulsa las semillas lejos de él. Hablar de estas cosas en invierno es una bella manera de anticipar la primavera. ■



Raúl